

*Herida de canto*, nos golpea en cada sílaba con su sombra y su rayo contenido:

*Ayer no habrá: Como recién nacido,  
con mi brazo anillando tu cintura  
me prenderé a tu forma arrepentido.*

■

“LAS LEYENDAS DEL HOMBRE”, por Juan Donoso. Zig-Zag

Al detenernos en las páginas de Juan Donoso y después de experimentar la gravitación de ese mundo atormentado y respirar ese clima de evasión constante, acaso desesperada, debemos, como otras veces, mover el interrogante sobre las escuelas literarias. En esta coyuntura vuelvo a ello porque he leído por ahí, a propósito de este libro personalísimo, alcances que lo encuadran en la más cruda de las tendencias realistas. Se ha subrayado el fastidio ante esta realidad plebeya y arrabalera cultivada a fondo por la pupila entenebrecida del autor, y ante la supuesta complacencia del escritor volcado íntegramente en el sujeto y en los sujetos que caminan por las densas páginas de estas alucinantes *Leyendas del hombre*.

Muchas veces se siente, se piensa y se escribe sobre una novela, un poema o un cuadro, de acuerdo con un estado de ánimo dominante, ajeno al nuevo estímulo. Se dirá, en descargo, que el estímulo ha sido débil. Pienso, en el trance, que hay libros cuya entraña no puede llegar hasta nosotros si no estamos en un clima de reposo sensible y con el espíritu despojado de morbosas adherencias. Lo hemos experimentado más de una vez. Un cuadro que ayer nos disgustó, hoy nos embelesa. ¿Qué extraña causa, —imagen o sentimiento— alteró nuestro equilibrio?

Tal puede ser el caso de estas *Leyendas del hombre*, que tan contradictorias reacciones han logrado suscitar en más de un lector. Mueve sus páginas un afán naturalista que nadie podría discutir. Pero

en el arte existe la escuela naturalista, la tendencia realista y junto a ellas todas las corrientes que el erudito clasifica y distingue para reducir las, en fin, a una cifra... Más, por encima de esta discriminación y esta gama, está el tono, el carácter personal, el temperamento que en razón de su identidad, hace olvidar lo genérico y al fin sólo queda en el ambiente una sola voz, una sola palabra: él, vale decir un escritor que vive su obsesión, su propio universo de estrellas o de hormigas. Juan Donoso es este buceador, este artesano iluminado. Sus manos se mueven en la crasa materia, pero su alma deambula más allá de esas manos; de ese modo la materia se va modificando en una armonía íntima que no puede mirarse desde fuera. Es necesario asomarse a la humilde cámara secreta y entonces, de seguro, el espíritu menos dispuesto, se encontrará apaciguado y luego, quizás, conquistado por aquella humilde y suave claridad donde la angustia es llevadera.

He ahí el realismo de *Las leyendas del hombre*. Hay allí una luz, quizás brumosa, acaso lívida, que nos aleja de lo simple y brutal, de lo descarnadamente objetivo. Se animan en la sensibilidad del escritor felices elementos que en el trance permiten esa vibración interior y esa atmósfera en que lo pretérito y lo actual, la imagen vagabunda y la visión directa, se confunden o se suceden, generando esa perspectiva alada que envuelve cada instante.

Hacer de la vida un mundo infinito, evadirse siempre. Tal parece ser el destino secreto del protagonista y quizás del autor. *Las leyendas del hombre* parecen certificarlo felizmente, y en cada instante: "¿Qué era el mundo para ellos? ¿Qué significado tenía para ellos la multitud? Sin embargo, ellos se movían en un clima íntimo, sensible, vivo, palpitante como el interior de una llaga. Inconscientemente, sus espíritus se confundían, en ciertos casos, más allá de la miseria del cuerpo" (página 22).

■

"CALICHE", por *Luis González Zenteno*. Nascimento

He aquí un drama elemental, volcado en los grandes planos de la novela. La pampa salitrera, en su latitud aplastante, a menudo se